

V. Blasco Ibáñez
La huelga de los curas
(*El Motín*, 15-2-1902, p. 1)

Hace tiempo que espero una huelga de curas, pero los respetables braceros del gremio sacerdotal no se deciden a defender sus intereses de clase, sin duda por quitarnos un rato de gusto a los impíos.

Se declaran en huelga todos los oficios cuando ven en peligro sus jornales o sufren la competencia de los intrusos. ¿Por qué, pues, no han de colocarse en actitud de protesta los jornaleros de misa y olla más o menos suculenta, ante los continuos perjuicios que sufre su oficio?...

Seguramente que su huelga no será para pedir una jornada más corta como la reclaman con justicia los albañiles. A los curas eso de las ocho horas de trabajo les aterra más que todas las herejías e impiedades del mundo, vomitadas de golpe. Como dice en los *mitins* el ingenioso Payá, esos peones de la misa solo trabajan diariamente una media hora, y se fatigan tanto, que en mitad de su faena descansan para echar un trago.

No; no tienen motivo para pedir menos horas de trabajo, pero sí que pueden declararse en huelga para protestar de los intrusos que se ingieren en el oficio, estableciendo una ruda concurrencia que abarata los jornales.

La asociación de los braceros de la Iglesia tiene que luchar con los *esquirols* que trabajan más barato: el cura se ve amenazado por el fraile de todos los colores y razas que lentamente le quita los parroquianos y acabará por dejarle con los brazos cruzados y el estómago vacío.

¡Mentira parece que os aguantéis con tanta calma, apreciables presbíteros! Vosotros, que por funeral de más o menos, o por una peseta de desfalco en el balance de las misas de la semana sois capaces de liaros a bofetadas en la sacristía con el racional de la parroquia, no comprendo cómo sufrís a los místicos *esquirols* que os quitan trabajo y os lo abaratan de un modo que algún día os será imposible vivir.

Antes que el ex masón Sagasta probara su amor a la libertad y al progreso abriendo a los frailes las puertas de España erais vosotros felices, pues trabajabais sin miedo a competencias. Frente a vuestra tienda no se abría ninguna otra; los que deseaban la salvación del alma no podían acudir a otro establecimiento que el vuestro.

¿Una misa?... Dos pesetas, y esto las de peor calidad, pues las misas extra (como quien dice el género de París) se pagaban según el capricho del parroquiano. Y así los funerales, los entierros, etcétera, etc. Las buenas devotas, cuando al morir querían lavar su conciencia de la sangre del

pecado, tenían que dejaros a vosotros sus fincas para bien del alma. Había que acudir a vosotros o morir en pecado mortal.

Pero ahora tenéis abierta enfrente la tienda rival de las órdenes monásticas y vuestros negocios no pueden ir peor. Los esquirols religiosos son protegidos por vuestros burgueses los obispos y por la imbecilidad meticulosa que formaba vuestra antigua clientela.

La misa que masculabais por dos pesetas la dice el fraile por seis reales, y si pretendéis imitarle, la dirá por cuatro, y si es preciso por quince céntimos. Y lo mismo que este trabajo todos los demás que se hacen en la iglesia. ¿Cómo habéis de luchar con ellos, infelices? Vosotros tenéis familia; guardáis en vuestras casas... sobrinas... y sobrinos que os piden pan como si fueseis sus verdaderos padres; aunque sois algo sucios por tradición de clase, usáis zapatos, os compráis en toda vuestra vida tres o cuatro sotanas, y hasta creo que gastáis algo en ropa blanca, vivís en el seno de la sociedad con hogar propio, y esto cuesta dinero, mientras que vuestros adversarios comerciales, con una vaina de paño pardo en la que entran y salen diariamente con el habitual acompañamiento de costras y piojos, unas sandalias y unos cuantos dibujos estrambóticos en el duro almacén de disparates que llevan sobre los hombros, ya están arreglados para toda su vida. No tienen familia que mantener, pues en su afán de economía han resuelto el problema de pasarse sin sobrinas ni parientes, contentándose con la abnegación cariñosa de los novicios y educados; cuando llega la hora de comer encuentra la mesa puesta en el refectorio y saben que por poco que ganen los mantendrá la comunidad, a la que nunca falta una buena herencia.

¿Cómo demonios luchar con una competencia así? ¿Cómo sostener la baratatura de precios con una gente sin necesidades de familia ni perrito que les ladre? Además, los parroquianos se escaman y hacen distinciones entre la bondad del género que se despacha en una tienda y en la otra. Las devotas ricas y los usureros arrepentidos que encargan cultos, saben que el buen Dios que ha creado a los frailes y todo lo ve desde arriba, cuando se coloca en el celestial teléfono por donde llegan las preces de las misas, mira el cogote del celebrante, y si lo ve con solo un redondel, aplica negligentemente un solo oído; pero si distinguen una tonsura enorme, que parece un mar de leche en torno de un tupé como una isla, entonces aplica las dos orejas y oye mejor todo lo que se le pide.

¡Imposible luchar con enemigos tales, queridos presbíteros!... Al principio eran pocos, y ya os resultaba difícil la vida; después vinieron los sobrantes de Filipinas, y vuestros negocios empeoraron, y ahora llegan los de Francia (¡frailes traducidos del francés, como quien dice nada!) y debéis temblar por vuestro chocolate y vuestro puchero, simpáticos curas rasos.

Cada día pasa el Pirineo una nueva remesa, y a las beatas ricas que compran los sombreros de allá y han ido a la Exposición, se les hace la boca agua pensando en el futuro confesor que las llamará *mignone* o *cherie*. ¿Para cuándo guardáis la huelga, almas de cántaro?

Mientras haya católicos debe haber curas. Es una necesidad que sentirán los pobres de espíritu y sin la cual lo pasamos muchos tan ricamente. Pero los frailes, ¿para qué sirven?, ¿a qué obedece su existencia? Los respetaron a unos porque iban de misioneros a las colonias. Pero ahora ya no tenemos colonias, y ¿por qué siguen existiendo?

Otros, como los mercedarios y los trinitarios, se fundaron para redimir cautivos, Y bien; ahora están como esclavos en Marruecos una española, a la que obligan a bailar los moros con las naturales consecuencias del baile, y un español que no lo pasa mejor. Y esos redentores de esclavos que con tan anacrónico pretexto siguen subsistiendo, no dicen esta boca es mía, ni envían para el rescate de los dos infelices muy pequeñísima parte del dinero que, con excusa de una esclavitud fantástica, vienen amontonando años y más años.

¡Sublevaos, curas! Creed el consejo del enemigo. Terciaos el manto y echáis atrás la teja y nombrad una comisión que vaya a presentar vuestras proposiciones a los burgueses del palacio episcopal.

«Tarifa mínima de vuestra jornada de media hora: dos pesetas.

»Prohibición absoluta de dar trabajo a los *esquirols*, como son los frailes y jesuitas, tanto coloniales como extranjeros y del país.

»No podrá darse trabajo al que no sea de la asociación de braceros de la Iglesia y no entrará en la sociedad el tonsurado que no mantenga familia.»

Ya tenéis las proposiciones que resultan oportunas por ahora.

Y si no os las admiten, debéis enviar un grupo de compañeros a cada parroquia, y después de dar unas cuantas bendiciones a los *esquirols* con capucha o babero para que se alejen, poner en la puerta un cartel:

«Cerrado por huelga de los operarios de este taller.»

Y las almas piadosas que no quisieran morir en pecado mortal ya os ayudarían para que ganaseis pronto la huelga.